

delito y castigara á los culpables. Pero, la señora comprende: los culpables no resultaron por ninguna parte y hasta se declaró que todo era invención del señor Ministro para ver de desacreditar al país... Sin embargo, si es cierto lo que dice el adagio: busca aquel á quien el crimen aprovecha y darás con el criminal, el criminal está descubierto; lo es el Gobierno mexicano.

— ¡Y el Emperador sabe esto, y el Emperador lo consiente! Menester es que le sujeten consideraciones diplomáticas muy altas para que se resuelva á no castigar con mano dura á esa horda licenciada é incapaz de gobernarse... Y las hermanas de la Caridad, y las otras religiosas, ¿no han tenido que sufrir nuevos maltratos de parte de esa canalla?

— La señora sabe sin duda el atentado de que fueron víctimas las pobres hermanitas... Después, han sido expulsadas de sus conventos muchas monjas, se ha despoñado de su propiedad á las comunidades, las iglesias se han entregado á los que han querido saquearlas y se ha puesto á precio las cabezas de los pocos que combaten tal estado de cosas.

— ¡Qué horror!... Pero estoy introduciendo la hoz en mies ajena; estos asuntos no me corresponden, sino que tocan al Emperador y á sus consejeros... Cuénteme usted esa historia, que, según Hidalgo, es una de las más lastimosas que pueden oírse. Estoy en ascuas por saber por qué apellidan á usted *el rigor de las desdichas*.

— Pues, señora...

Y empecé á contar mi vida, poniendo en toda la relación tal verdad, tanta energía y tanto vigor, que me pareció que cuanto había ensayado anteriormente resultaba pálido y sin brío. A veces añadía algún detalle, cambiaba alguna fecha, daba por supuesto algo que no se había realizado, ó suprimía cosas que habían acontecido en realidad; y tan contenta parecía de oírme la señora, que siempre que trataba de resumir ó de abreviar, ella me impulsaba haciendo señas de aprobación, indignándose, denegando y golpeando el pavimento con sus diminutos piececillos. De cuando en cuando solía sorprender alguna lágrima de indignación en los hermosísimos ojos de la española, lágrima que pronto secaban los rayos de ira que surcaban continuamente aquel azul purísimo que se creería propio tan sólo para reflejar emociones plácidas y tranquilas.

Ya tocaba al fin de mi relato, cuando oí llamar suavemente á la puerta que comunicaba con la estancia vecina, y sin esperar respuesta entró una vieja alta, tiesa, de ojos azules, pintada, adobada y revocada con una cantidad tal de afeites, que parecía haberse empleado en componerla una media docena de pintores trabajando día y noche. El traje era blanco, el sombrero era una prodigiosa exhibición de flores, frutas, bayas, semillas, hojas, guías y pájaros que daba idea de que la buena señora

se hubiera echado á la cabeza una *chinampa* mexicana.

— Mamá, dijo la Emperatriz, levantándose y abrazando con cariño á la vieja.



— Sigue, hija mía, no te interrumpo; no les interrumpo, dijo haciéndome una inclinación de cabeza. Acá me voy con Hidalguito. Y, en efecto, se retiró al hueco de una ventana con mi cornac, que se había entretenido mirando un álbum con estampas, pero con un ojo al gato, y otro al plato.

De cuando en cuando se oían risas comprimidas, movimiento

de faldas y un hablar ceceoso y extranjerizado, como si Manolito Gázquez se hubiera fundido en John Bull

Iba á levantarme, cuando la puerta se abrió de golpe y entró la mujer más extraña que hubiera visto nunca. Era muy alta y muy flaca, tenía la boca hundida, la nariz

respingada, el rostro asimétrico, los ojos color gris acero y la mirada dura. Iba vestida con un traje á rayas verdes que por su matiz recordaba la tapicería de la habitación en que nos hallábamos; por cierto que la hechura era mucho más ceñida de lo que ahora se lleva. Bien se podía llamar fea á aquella mujer, y sin embargo tenía tal encanto en su persona, tanta movilidad en sus actitudes, tal volubilidad en su palabra, que al fin convencía al más rehacio de que tenía frente á sí á una personalidad fea ó hermosa, pero irresistible.

En un momento habló de la comedia que Emilio Augier había escrito para el teatro de Compiègne; de la próxima caza; de su caballo, que había reventado corriendo en Longchamps; del traje que había discutido con Worth, y sobre todo de unos famosos *couplets* que cantaría ante el auditorio de reyes y príncipes en el teatro de la corte.

— ¡Oh, la *Belle Helène* es una gran obra; ya me oiréis cantar como yo sé y me diréis si puedo compararme con Hortensia Scheneider!...

Luego llevóse aparte á la Emperatriz; pero como las dos señoras tardaran mucho discurrendo y Pepe estuviera ya en libertad, nos preparamos á tomar la venia para la salida.

Volvían de conversar las amigas, cuando la Emperatriz, viendo que Hidalgo y yo estábamos en pie, nos dijo festivamente:

— Señores, tengo la satisfacción de participarles á todos, y en particular á los dos patriotas mexicanos presentes, que el 31 de Octubre se firmó en Londres una convención en que Francia, Inglaterra y España se comprometen á intervenir en los negocios de México.

Tropezando con los muebles salimos de la estancia Hidalgo y yo, y en poco estuvo que mi amigo, olvidando la gravedad diplomática y el sitio en que se encontraba, la emprendiera á saltos que demostraran su gozo, su gozo inmenso por dar tamaño disgusto á Juárez y los suyos, que le habían quitado el carácter de secretario de legación.

Apenas empezábamos á bajar la escalera de honor cuando dije á Pepe:

— ¿Y quiénes son las señoras que llegaron durante nuestra visita?

— Una, dijo Pepe contoneándose, es la madre de la graciosa soberana que nos ha hecho tan noble acogida.

— ¡Jesús, María y José!...

— ¿Qué le pasa á usted?

— Que la había tomado por Pepa, la vieja española, intendenta ó administradora de la Emperatriz.

— Mme. Pollet, *Pepá*, como aquí se le dice, es una excelente señora vizcaína ó andaluza, pero que dista mucho de tratar con llaneza á S. M. La señora condesa de Montijo es mujer de raro mérito, de la más sólida piedad

y de una incontrastable adhesión á la Santa Sede... S. M. el Emperador le tiene un gran afecto.

— Podía tenérselo aún mayor si la buena señora no se adobara con ese tesón: tiene más pintura en la cara que todos los cuadros del Louvre y del Luxemburgo juntos... Pero tonta de mí, Pepe: ¿qué me sucede? ¿dónde tendré la cabeza que olvido se dice por allí si usted y la señora condesa tienen ó dejan de tener amoríos?...

— No lo crea usted, no lo crea usted, exclamó el diplomático poniéndose colorado, pero dejando ver que deseaba le siguiera halagando el oído... Son calumnias, son enredos del vulgo.

— ¿Y la otra?...

— ¿No la conoce usted? Es una gran señora, la primera dama de la corte, la que disputa á S. M. el cetro de la elegancia y del ingenio. Se llama Paulina Sandor y está casada con el príncipe Ricardo Metternich. Llegó á París recién restablecidas las relaciones con Austria, y aunque al principio dió muestras de timidez y encogimiento, á poco fué la reina de la corte, el encanto de los salones, la niña mimada de la aristocracia. No hay fiesta en que no tome parte, ni tertulia á que no se la llame, ni persona que no se complazca con su compañía; todo lo tiene: gracia, elegancia, distinción y simpatía; ¿qué falta le hace, pues, la hermosura, que sería apenas un accidente que no se concibe pudiera dar más realce á sus



otras cualidades?... Monta á caballo, representa, escribe, canta, baila; lo es todo, desde amazona hasta pintora. Inventa tocados originales con Worth, discute con Offenbach, se cartea con Mérimée, con Aureliano Scholl ó con Gautier, y concluye su día conferenciando sobre política con el barón Nigra, con Rouher, con Morny ó con alguno de los cinco...

— Entonces, insinué, nuestros trabajos no deben de serle desconocidos.

— ¡Ca, señora! ¿desconocidos nuestros trabajos?... Si de esos dos cerebrillos, de esos cerebrillos que cualquiera pensaría no guardaban más substancia que el de un pajarillo, ha salido la idea de la regeneración de México, de la regeneración de México, entiéndalo usted bien.

— ¡Usted me está engañando, Pepe!

— Así lo cree usted porque no descubre en este asunto una gran combinación política. S. M., á fuer de católica, sincera y practicante, mira con gran dolor que su marido haya tomado parte en los negocios de Italia, favoreciendo al Piamonte y menoscabando los intereses de la Santa Sede y del Austria. Ahora se trata de ofrecer una compensación á S. M. A. dándole ocasión de que uno de los miembros de su casa conquiste un reino nuevo, y á S. S. proporcionándole oportunidad de que un país que se ha emancipado del yugo de la Iglesia vuelva á él en unión de los bienes que se quitaron á ésta. Y como al paso que esos grandes propósitos se consiguen, se logra allegar nuevos y ricos estados al Imperio, proteger á los súbditos distantes, rescatar la preponderancia de la raza latina del otro lado del Atlántico y hacer feliz á un pueblo, usted comprende que la idea de la expedición encierra una serie de altísimos pensamientos que es menester llevar á cabo.

¡Si yo pudiera revelar á usted ciertas cosas que pasan por aquí, cómo la dejaría asombrada! Hay un pueblecito cercano á París, donde se congregan una vez cada semana muchísimas personas amantes de México; no puedo enumerarle á todas esas gentes, pero sí tengo derecho para mencionarle las principales: la Emperatriz, la princesa de Metternich, la duquesa de Arcos, el príncipe de Metternich y un servidor. Todos acudimos disfrazados á las citas; la

Emperatriz va cubierta con un velo muy espeso, la princesa ocurre con un traje negrísimo, y todos nos presentamos á distintas horas y por sendas diversas.

De allí ha salido la expedición; de allí ha brotado todo el plan que ha de traer como consecuencia ineludible la regeneración de México. De nada han servido la oposición de los ministros, las fraternas al emperador y todo el movimiento de antipatía claramente manifestado contra la empresa: las damas están decididas á escribir su novela y poco les importan los obstáculos... Yo no tengo más tarea que azuzar el celo de S. M. contra los mexicanos, que al fin, para la Emperatriz, no son sino unos rebeldes, en mal hora emancipados del poder de España.

Admirada de lo muchísimo que sabía Pepe, á quien siempre había tenido por un grandísimo infeliz, bajé á mi hotel para descansar de las emociones del día.



## CAPITULO IV

Y sobre su túnica echaron suertes...

**S**IN FECHA. Hoy, comida en el Restaurant del Grand Hôtel.

*Dramatis personæ:*

Don José M. Gutiérrez Estrada, apóstol.

Don Pelagio Antonio de Labastida y Dávalos, obispo de Puebla.

Don José Manuel Hidalgo, diplomático cesante.

Don Juan N. Almonte, ex Ministro.

Don Francisco Javier Miranda, conspirador.

Don Miguel Miramón, Presidente en receso.

Don Tomás Murphy, negociante.

Don Francisco de Arrangoiz, la peor lengua de las dos Américas.

Pancho Mora, imbécil.

Una servidora.